
RECENSIÓN



MONTEAGUDO SOTO, M^a. J. Y GARCÍA-COLMENARES, C. (COORDS.) (2025). *PSICÓLOGAS PIONERAS. HISTORIAS DE CIENCIA, FEMINISMO Y COMPROMISO SOCIAL*. VALENCIA: UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

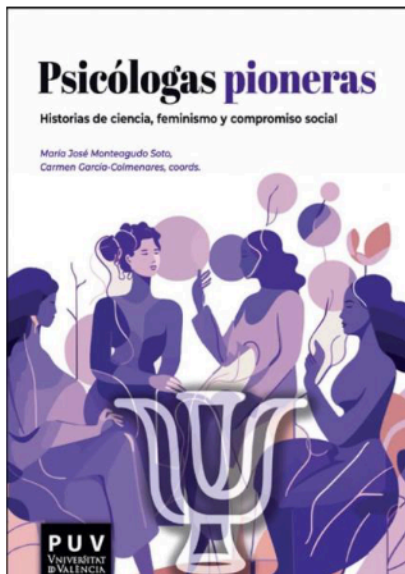
Francisco Pérez-Fernández
ORCID ID: <https://orcid.org/0000-0002-3039-2397>

Facultad HM de Ciencias de la Salud de la Universidad Camilo José Cela

Email: fperez@ucjc.edu

“Para la mayor parte de la historia, ‘anónimo’ era una mujer.”

Virginia Woolf



Afortunadamente, ya no se descubre o significa gran cosa cuando se afirma sin componendas el olvido al que las mujeres han sido sometidas sistemáticamente a la hora de recopilar la ingente cantidad de historias grandes y pequeñas que nos han traído hasta aquí. Las diatribas que tanto molestan a muchos sobre el dichoso “patriarcado ancestral” comienzan a observarse como cosa caduca y agotada entre la intelectualidad occidental por la sencilla razón de que su expresión y conocimiento se ha consumado y ya no ha lugar insistir en obviedades. No perdamos, por lo tanto, el tiempo en autojustificaciones innecesarias, ni permitamos al rival despistarnos en ese pantano argumental del que resulta imposible salir

toda vez que se entra, pues de cuestiones de hecho no se discute. La historia ha olvidado sistemáticamente la contribución de la mitad de la Humanidad a su desarrollo y expansión por la peregrina razón de que se consideraba a esa mitad “menos” en todo. Menos fuerte, menos apta, menos inteligente, menos capacitada, menos virtuosa, menos eficiente... Y, por lo tanto, esa mitad había de ser acreedora de “menos” cosas: Menos poder, menos posesiones, menos oportunidades, menos atención... Que la mujer tuviera —o tenga— que ser “femenina y no feminista” era justamente la expresión perfecta de este menoscabo: “eres mujer, vales para lo que vales, así que no pidas nada más ni te salgas de aquello que te corresponde.”

Esto es lo que se viene terminando. Lo que ya no es necesario recordar. Lo que algunos tratan de recuperar. Lo que no debe volver.

Bastaría en este punto con referir ese manoseado aserto que Walter Benjamin (1892-1940) nunca dijo textualmente —“la historia la escriben los vencedores”—, pero que no obstante resume bien parte de su pensamiento, para dejar las cosas por sentadas y no perdernos en más laberintos: recordar para desvelar lo oculto, lo tapado, lo perdido, es una cuestión de justicia para cualquier sociedad y cultura que se pretendan respetables, sin duda, pero para la persona dedicada a la ciencia es mucho más, pues se trata de un asunto de conocimiento, obligación, rigor y verdad. El científico sociocultural —digo bien: “científico”— no sólo debe desvelar lo oculto para rescatar del olvido a los vencidos, cosa importante y necesaria, sino ante todo porque es su obligación ética como persona comprometida con el saber. Eso, claro, si es cierto que vive en la conciencia y el compromiso profesionales y no anda enredado en otros asuntos menos confesables, que de todo hay.

Así pues, y conviene dejarlo claro para eludir tanto las excusas vacías, como las posiciones defensivas innecesarias, esmerarse en recordar las historias ocultadas por las desigualdades del pasado no es “revanchismo”. A nadie se quiere “enmendar la plana”. No existe un interés oculto por “retorcer el pasado”, “abrir viejas heridas” o “reescribir los hechos”. Simplemente, la tarea de quien se esfuerza por profundizar en el esclarecimiento de aquel pasado que determinadas circunstancias ensombrecieron, pretende colocar cada cosa en su lugar hasta donde sea posible, establecer los acontecimientos de la forma más cercana posible a su realidad y desvelar, en el proceso, aquello que se perdió, escondió o silenció.

El afán honesto por recuperar la verdad del pasado hasta donde sea posible —bien lo sabe cualquier persona competente en materia histórica e historiográfica— nunca ha sido el ajuste de cuentas, ni ha pretendido constituirse en amenaza para nadie. La pregunta acerca de qué motivos “presentistas” incitan a algunas personas y colectivos a adoptar posturas defensivas ante tal pretensión quizá sea óptima para

el debate psicosocial e incluso político, pero es materia que no compete ni a la historia, ni a quienes la hacen con calidad y rigor. Así, y como bien se destaca en la introducción de la obra que recensamos:

“Todos [...] coincidimos en que la recuperación genealógica no puede desligarse del contexto en el que se produce, por lo que es necesario contemplar aspectos históricos, sociales y culturales del entorno donde se desarrollaron. Por tanto, el proceso de reconstruir la trayectoria profesional de las pioneras no consistirá solamente en elaborar una historia compensatoria que permita situarlas al mismo nivel que sus compañeros varones, sino también en presentar sus aportaciones en sus propios términos, resaltando el componente *generizado* del pasado [...]. Es preciso [...] *visibilizar* los mecanismos de discriminación y exclusión a los que se enfrentaron las pioneras por el hecho de ser mujeres (ideológicos, institucionales o subjetivos).” (pp. 16-17).

Quienes llevamos décadas enseñando “historia de la psicología”, esa asignatura tan necesaria para generar perspectiva y panorámica de lo que la psicología es y pretende, y que cada vez se diluye y ningunea más en planes de estudio deliberadamente tecnocráticos que renuncian a la perspectiva humanista —humanizada— que debiera ser el objetivo central de una ciencia como ésta, siempre hemos tenido que abordar, de un modo u otro, una trágica contradicción: la que supone vérselas con un auditorio muy mayoritariamente femenino al que durante horas, semanas, meses, se le relata una historia protagonizada por varones triunfantes que, además, indistintamente, disertan en sus aportaciones sobre niños, adolescentes, adultos, ancianos, hombres y mujeres en general, sin ambages, cuestionamientos, ni aparentes disonancias. El “hombre adulto” como medida de todo y de todos, pues eso y no otra cosa fue y significó el dichoso antropocentrismo del que tanto se cacarea en esas pretenciosas e infumables “historias universales”.

Hace años esta perspectiva unidimensional de los problemas psicológicos no parecía suponer una dificultad para nadie más que puntualmente. Aquellas psicólogas en ciernes del pasado, educadas desde la infancia en otros parámetros socioculturales que aún no las incitaban mayoritariamente a cuestionarse por qué las mujeres eran ajenas por completo a sus propios libros de texto, parecían asumir esta singular contradicción sin pestañear. Pero esto —gracias sobre todo al esfuerzo de muchas aguerridas compañeras que durante años trabajaron muy duro y muy solas— ya ha cambiado. La demanda, entre las mujeres jóvenes que se acercan a la psicología, de una perspectiva del pasado de su ciencia que no las silencie y ningunee se ha tornado ya cuestión insoslayable, de la máxima urgencia. Y los docentes hemos de cambiar con ellas y afrontar con las adecuadas garantías esta exigencia. No sólo

porque así se nos pida, por un infundado temor al amotinamiento o porque suponga una obligación profesional —que también—, sino, ante todo, porque es una lógica cuestión de justicia y ecuanimidad.

Las mujeres, digamos ahora lo obvio, también han existido en la historia de la psicología como en todas partes y, en efecto, han sido “pioneras” no sólo por el mero hecho de tener que confrontar y confrontarse con contextos muy reactivos, cuando no abiertamente hostiles, sino también porque han descubierto cosas importantes del mismo modo que han sentado las bases de otros grandes descubrimientos. Prueba de ello es el relato que se extiende a lo largo y ancho de este excelente libro que, contrariamente a lo que algún zoquete malintencionado pudiera suponer, tiene una extensión que excede las 400 páginas. Porque, en efecto, ha habido muchas pioneras, con ideas pioneras, que han contribuido con graves esfuerzos y no pocas precariedades al avance histórico de todos los campos psicológicos.

El contenido de la obra, que se abre con un interesante apartado que reflexiona sobre la historiografía del problema —causas, sentido, consecuencias— de la exclusión de la mujer de los “grandes relatos” históricos, se estructura en siete grandes secciones o paraguas dentro de los cuales se desgranar, apartado a apartado, las diferentes aportaciones de la mujer a la psicología desde sus orígenes filosóficos hasta el presente. Es, en general, una obra atractiva, bien narrada y muy rigurosa, lo cual la torna apta tanto para la lectura tranquila y reflexiva, como para el estudio y la documentación. Por lo demás, las coordinadoras del contenido han contado para su construcción con la participación directa de un amplísimo y granado elenco internacional de especialistas en la materia. Mujeres y hombres, claro, pues es de *incluir* de lo que aquí se trata, nunca lo olvidemos.

Un texto harto recomendable que, por derecho propio, ha de ocupar un espacio en los estantes de cualquier biblioteca, departamento, despacho o consulta psicológica, y por varias razones perfectamente destacadas en el subtítulo: no es sólo que hable de ciencia, es que habla de ciencia pionera y, ante todo, de ciencia pionera y socialmente comprometida. Porque “anónimo” ha dejado ya de ser nombre de mujer de una vez por todas.

Y así debe ser.